



él; y finalmente, la Inquisición les persiguió á ellos y á los disciplinantes.

No obstante la decadencia de que acabamos de hablar, la fe daba todavía muestras de su vitalidad, sobre todo en las misiones llevadas á cabo entre los pueblos paganos. Más bien fué por efecto de la terca resistencia de los lituanenses, que por falta de misioneros celosos, que estos pueblos tardaron tanto en convertirse. Los caballeros teutónicos, que propagaron el Evangelio en las regiones próximas á la Lituania, pagaron caros los ensayos que hicieron para introducir allí el cristianismo, pues ocho cayeron prisioneros y fueron quemados juntos en 1260. Sin embargo, algunos lituanenses concluyeron por entrar en la iglesia rusa. Jagellon dió un paso más decisivo para la conversión de su pueblo, aceptando el Evangelio y obligando á sus súbditos á imitar su ejemplo, con la mira de obtener más fácilmente la mano de la princesa Hedwige, y con ella el trono de Polonia (1386). Habiendo Jagellon sido bautizado en Cracovia, y siendo despues rey de Polonia con el nombre de Wladislao III, pasó de nuevo á Lituania seguido de gran acompañamiento, y allí hizo derribar los santuarios paganos con el ánimo de manifestar á sus súbditos que de nada servían; él mismo se dedicó á enseñar á sus vasallos, y les concedió vestidos nuevos; esta generosidad atrajo á su alrededor masas de pueblo. Siendo imposible bautizarlos de uno en uno, fueron hisopados con agua bendita, dando á grupos enteros los nombres de Pedro, Pablo, etc. Tan sólo se dió el bautismo individualmente á los nobles y militares. Andrés Vasillon, franciscano polaco y confesor de la reina, fué nombrado obispo de Wilna, dignidad en que fué confirmado por el papa Urbano VI, que le colocó bajo su jurisdicción inmediata y prohibió los matrimonios entre cristianos, griegos y romanos. El modo como estos pueblos habian sido bautizados, manifiesta que para ellos era una ceremonia exterior sin verdadera é íntima convicción por su parte, motivo por el cual el paganismo continuó entre ellos por largo tiempo. Eneas Silvio refiere, segun el testimonio del monje Jerónimo de Praga, que todavía continuaba en Lituania

el culto á los ídolos poco despues del concilio de Basilea, y que hubo síntomas de revolución así que Jerónimo, apoyado por el rey Wladislao y el duque Witoudt, quiso echar por tierra los altares paganos.

De la misma manera se convirtió á los lapones, entonces súbditos de los suecos desde el año 1279, lo cual fué debido, sobre todo, á Hemming, arzobispo de Upsal, quien en 1335 consagró para estos pueblos una iglesia en Tornea.

Poco consuelo dieron los judíos á la Iglesia durante este período. Así en la Edad Media como en la época de la emigración de los pueblos, los judíos, siempre especuladores, codiciosos y hábiles, habian amontonado muchas riquezas con el comercio y la usura, ejercidas en Italia, España, Francia y Alemania. Como los cristianos opinaban generalmente que era usura el dejar dinero á interés, sucedió que todo cuanto tenia algun roce con especulaciones de dinero estaba en poder de los judíos, lo cual contribuyó mucho á aumentar su bienestar. Sus propias riquezas á menudo les ocasionaron persecuciones atroces, justificadas, imputándoles ser la causa de las calamidades públicas, tales como la peste y los temblores de tierra, y se les imputó igualmente vicios infames, crímenes abominables, entre los que citaremos el envenenar los pozos, asesinar á los niños cristianos y beberse su sangre por las fiestas de Pascua, y maleficar la atmósfera; así es como se excitaba en contra de ellos la animosidad y el furor de la muchedumbre. Su posición, tan precaria en Alemania, era aún peor en Francia y en Inglaterra. Los papas, protectores de los oprimidos en la Edad Media, á menudo levantaron la voz en favor de los desgraciados judíos; con sus exhortaciones y amenazas excitaban á los cristianos á la dulzura y á la justicia, y reprendían con severidad la violencia con que se les queria obligar á bautizarse; así, que Inocencio III dijo: «Ningun judío tiene que ser obligado á bautizarse; si alguno no quiere dejarse bautizar, no por esto tiene que ser despreciado. Nadie se apodere injustamente de sus propiedades, ni se oponga á sus fiestas, ni devaste sus cementerios.» Estas



prohibiciones fueron reiteradas por muchos otros papas (Inocencio IV y Gregorio IX). De otra parte, se procuraba de una manera más directa que los judíos conociesen la verdad; así fué que algunos sábios de la Edad Media, no ménos que algunos piadosos y célebres escolásticos, procuraron refutar en obras especiales las objeciones de los judíos contra el cristianismo. (Alano de Ryssel, Santo Tomás de Aquino, Raimundo Martín de Barcelona, muerto despues del año 1286: su libro polémico-apologetico, *Pugio fidei adversus Mauros et Judaeos*, es el tratado principal de este género que apareció en la Edad Media.)

La conversión del judío Hermann en el siglo XII, que se hizo religioso premonstratense, fué verdaderamente célebre y produjo felices resultados. En España no hubo tanta tolerancia; por razones políticas, en 1492 los reyes Fernando é Isabel pusieron á los judíos en la alternativa de abjurar ó abandonar su patria. El pueblo los odiaba por sus usuras ordinarias, y sus relaciones con los moros, que á la sazón ocupaban un territorio muy limitado, los hizo sospechosos, no sin fundamento, á los ojos de los príncipes, y á consecuencia de esto, en 1492 tuvieron que pasar de España á Portugal ciento sesenta mil familias judías, en donde lejos de encontrar la tranquilidad que apetecían, se les puso cuatro años despues en la misma alternativa que en España. El mismo trato recibieron los moros, cuya dominación en España, hasta entonces de ocho siglos, acabó en 1492 con la toma de Granada, última ciudad suya. Cuando la conquista de Granada, se concedió á los moros el libre ejercicio de su religion; pero habiéndose descubierto una conspiración en 1498, se les obligó á escoger entre el bautismo y el destierro, medida rigurosamente llevada á cabo en 1501.

El descubrimiento de la América y los viajes de Vasco de Gama al rededor del Africa, excitaron vivamente el pensamiento y el deseo de anunciar el Evangelio á todos los pueblos hasta los confines de la tierra. Alejandro VI dió á Fernando el Católico, rey de España, el encargo de introducir el cristianismo en América y hacer reconocer en aquellas tierras al

papa como señor feudal, de la misma manera que Eugenio IV y Calixto III lo habian hecho respecto á los países descubiertos en Africa. A este intento, Alejandro VI envió á España al vicario de los franciscanos con doce frailes de su orden, á los cuales se asociaron muchos dominicos, todos los cuales tenían que ir á América. Su obra fué en gran parte retardada por la crueldad de los españoles en el Nuevo-Mundo; mas, sea dicho de paso, esta crueldad, aunque real, ha sido muy exagerada. Los dominicos, sobre todo, hicieron valer en favor de sus neófitos los sagrados derechos de la humanidad, y aun en este terreno tan difícil no dejaron estéril la virtud del Evangelio. El infatigable celo del heróico obispo de Chiapa, Las-Casas, arrancó á Carlos V una ley que aseguró la libertad individual de los indígenas. Esta ley dió más tarde ocasión y pretexto al infame tráfico de negros en las riberas africanas; pero es una calumnia atroz el atribuir esto al generoso misionero, que por doce veces se expuso á los peligros de la travesía para patrocinar la causa de su desgraciado rebaño. Las-Casas murió en Madrid en 1566.

Volviendo ahora á señalar las primeras páginas de esta época de los descubrimientos, que es sin disputa una época propiamente española, consignaremos en primer término la síntesis compendiosa de Cantú.

Así es como la civilización, procediendo de las alturas del Asia, y siempre avanzando, aunque alguna vez al través de los desastres, llegó por fin á iluminar toda la Europa. Poniéndose entonces en movimiento en busca de nuevas naciones, rompe las columnas de Hércules, y con Vasco de Gama vuelve á acercarse á su cuna, en tanto que con Cristóbal Colon va á plantar la cruz entre los antípodas. Aquí se renuevan los portentos de las primeras conquistas asiáticas; como en aquellas, el vencedor se apodera del suelo, y para asegurar su posesión extermina á sus habitantes. ¡Cuán grandes son los nombres de Colon, Américo, Pizarro, Cortés, Vasco y Albuquerque, aventureros convertidos en héroes! Caen los imperios de Motezuma y de los Incas, testigos ó herederos de los primitivos tiempos; la benéfi-





ca naturaleza ofrece un nuevo mundo, y el hombre lo convierte en teatro de extraordinarios acontecimientos, inaugurando una historia de aventuras en los descubrimientos, de sanguinaria codicia en las conquistas, de caridad en las misiones.

El mérito de Colon, no tanto consiste en haber descubierto un nuevo mundo, merced á una ilusion de su fantasía, cuanto en su pensamiento de convertir en marítimo el comercio terrestre, que habia permanecido casi inalterable por toda la antigüedad. En efecto, el Asia sufre entonces la mayor revolucion en el cambio de direccion de sus mercaderías, si bien conserva aún en parte el comercio interior, hasta que lo destruyen radicalmente el despotismo turco, la anarquía del imperio persa y las devastaciones de los Afganes y los Maratas en la India Septentrional.

En Europa, el engrandecimiento de las potencias marítimas evita que dependa la superioridad del número, como sucedia cuando las guerras se decidian con sólo las fuerzas de tierra; y el Occidente conquista una absoluta importancia, á la cual no llegaban ni con mucho los tres grandes imperios de los sots en la Persia, de los mogoles en la India, y de los chinos.

Estas naciones vuelven á presentarse en el campo de la civilizacion para cultivarlo en lo sucesivo de acuerdo con los europeos, y la América queda destinada á ser el anillo de nuestra civilizacion, que siempre va ganando terreno hácia el Occidente; y la oriental, que va desarrollándose poco á poco en sentido opuesto, hasta que se vuelvan á encontrar en el Nuevo-Mundo para encaminarse á una cultura mútua y fraternal.

Al frente de estos maravillosos hechos, figuran Cristóbal Colon, Américo Vespucio, Alburquerque, Magallanes, Cortés y Pizarro.

Cristóbal Colon, célebre navegante, nació el 1436 ó 1441 en Génova, según la opinion general, y según algunos, en Cuccaro (Montferrat), en Colognetto, en Savona, en Cogoreo ó en Nervi; murió en 1506. Su padre, aunque descendiente de una ilustre casa de Plasencia, era cardador de lanas. Después de haber estu-

diado poco tiempo en la universidad de Pavia, entró Colon á los catorce años en la marina genovesa, y navegando sobre las costas de Italia, del Levante ó de Africa, se perfeccionó en las matemáticas, la astronomía, la geografía y la cosmografía. En 1470 se le ve en Lisboa, donde se unió á un marino ejercitado, Perestrello, que acompañó á Porto-Santo, y con la hija del cual se casó; heredó sus planos, cartas y observaciones náuticas. La atenta lectura de las obras de los antiguos, su comparacion con los escritos de Marco Polo, los cálculos de la ciencia corroborados por vagas tradiciones, le llevaron á pensar, en vista de la esfericidad de la tierra, que haciendo rumbo sobre el Atlántico hácia el Oeste, se arribaria prontamente hácia la tierra de Cathay é isla Cipango, colocadas por los viajeros al Este del Asia. Habiendo los genoveses rechazado sus ofrecimientos, fué á buscar proteccion en Juan II de Portugal. Este príncipe tomó conocimiento de sus cartas y de sus cálculos, ensayó usurparle la gloria del éxito enviando secretamente en la direccion indicada una carabela que los vientos arrojaron al punto á la costa, y acabó por tratarle de visionario. Colon vino entonces á España, 1484; aquí, presa de la miseria, casi por todas partes desdeñado, tuvo que luchar contra mil obstáculos que se oponian á la realizacion de su extraordinario pensamiento. Al cabo de ocho años, cuando Fernando é Isabel se vieron desembarazados de la guerra ante los muros de Granada, le concedieron tres navios: en este momento regresaba de Inglaterra con una respuesta favorable su hermano Bartolomé, que habia ido á implorar proteccion de Enrique VII desesperando de su causa. Colon partió de Paños el 3 de Agosto de 1492; se sirvió entonces del astrolabio para fijar la posicion de los navios por la longitud y la latitud. Después de una travesía que hizo, más peligrosa aún que las contrariedades de la naturaleza, la insubordinacion de los marineros desalentados ó poseidos de terror; se distinguió tierra el 12 de Octubre. Esta era Guanahani (San Salvador), una de las Lucayas. Colon no creyó que habia descubierto un Nuevo-Mundo, sino que habia llegado al E. del Asia; de aquí el nombre de



*Indias Occidentales* que por largo tiempo se dió á la América. Abordó en seguida á Cuba y á Hayti, que llamó Española. De vuelta á España, se le confirmaron los títulos de almirante y de virey que le habian sido prometidos. En un segundo viaje reconoció la Dominica, María Galante, la Guadalupe, Antioya, Montserrat, San Cristóbal, Santa Cruz y otras Antillas, las Islas de los Vientos, y arribó de nuevo á Hayti, en donde su hermano colocó los fundamentos de la ciudad de Santo Domingo; fueron tambien exploradas las costas de la Jamaica y de Puerto-Rico. Algunos españoles, á quienes Colon habia castigado por su espíritu levantisco, habian regresado á su país y le hacian allí una guerra mortífera con sus torpes calumnias; él juzgó necesario volver á la corte para justificarse. Colmado de nuevos favores y distinciones, hizo una tercera expedicion en 1498; esta vez, después de haber tocado á la isla Trinidad, alcanzó el Continente y recorrió la costa de la América meridional desde el Orinoco hasta Caracas. Sus enemigos se aprovecharon de su ausencia para acusarle todavia. Fernando é Isabel enviaron en 1500 á Francisco de Bobadilla, que, traspasando sus poderes, hizo arrestar á Colon, se apoderó de sus bienes y le envió á España. La corte se avergonzó y la opinion se sublevó cuando se vió arribar cargado de cadenas al hombre á quien se debia todo un mundo. Bobadilla, desgraciado y rechazado, pereció en un naufragio al abandonar á Hayti. Sin embargo, no se repuso á Colon en su vireinato; apenas le fué permitido hacer un cuarto viaje, 1502, durante el cual descubrió la costa de Veragua, fué rechazado de Hayti por sus antiguos compañeros, luchó contra el hambre y la enfermedad, y se adquirió víveres de los indios anunciándoles un eclipse. Volvió á España en 1504; ya no existia Isabel. Fernando le dejó morir en Valladolid lleno de necesidades y de disgustos. Al ménos no vivió lo suficiente para oír aplicar al Continente que habia descubierto el nombre de Américo Vespucio, piloto de quien se habia servido en uno de sus viajes. La reparacion de esta injusticia por el nombre de *Colombia*, dado en el siglo XIX á una parte de la América, ha

sido de corta duracion. Los restos de Colon, llevados á Santo Domingo en 1536, han sido trasladados á la Habana en 1795.

Américo Vespucio nació en Florencia de una familia distinguida el 1451; allí adquirió vastos conocimientos científicos. Establecido en España desde 1490, viendo el éxito de Colon, fué arrastrado á abandonar el comercio por los descubrimientos, y tomó parte como piloto y geógrafo en muchos viajes al Nuevo-Mundo. Aun pretendió haber hecho con el español Ojeda en 1497 una expedicion, descubriendo el Continente americano antes de Colon, que no llegó á él sino en 1498. Pero los historiadores contemporáneos y los documentos auténticos que aún se conservan, no colocan este viaje sino en el 1499, descubriendo en el golfo de Páris algunos centenares de leguas. Sea lo que quiera de esta cuestion, en nada, por otra parte, toca á la gloria del inmortal genovés, cuyo genio habia ya descubierto desde 1492 las primeras tierras del Nuevo-Mundo. Américo debió á la publicacion de su diario el honor usurpado de darle su nombre, que comenzó á serle aplicado hácia el año 1507. En 1501 pasó al servicio del rey de Portugal, Emanuel, que le envió, 1501-1502, á explorar las costas del Brasil, descubierto por Cabral en 1500.

Después de muchos viajes, ya por Portugal, ya por España, que le volvió á llamar en 1506, murió, según unos, el 1512 en Sevilla; según otros, el 1516 en la isla de Terceira.

Alfonso de Alburquerque *el Grande*, navegante portugués, nació el 1453 en Villa-de-Ahandra, cerca de Lisboa, de una rica familia del reino. Fué el principal fundador del poder portugués en las Indias. Partió para este país en 1506 con Tristan d'Acunha; fundó con él una fortaleza en la isla de Socotora, 1507; después, con seis navios, fué á asolar y casi destruir á Mascata, 1507; á someter á Ormuz á pesar de su flota y sus armamentos formidables, 1508, y se hizo así dueño de la navegacion del Golfo Pérsico, como por Socotora no perdía de vista el Mar Rojo. El abandono de algunos de sus capitanes le habia forzado á dejar á Ormuz, sin guardar tampoco el fuerte elevado por él cerca de esta ciudad, cuando





fué nombrado virey de las Indias en lugar de Fr. d'Almeida, que no le cedió el mando sino con grandes trabajos, 1509.

Tomó entonces, 1510, la ciudad de Goa, que vino á ser la capital de los establecimientos portugueses; fué á bombardear y sitiá á Malaca, y este centro comercial, á despecho de una artillería considerable y de numerosos elementos de guerra, cayó en su poder, 1511, y le abrió la comunicacion con las islas de las Especies (Molucas), que envió al punto á reconocer. En 1514 volvió á tomar á Ormuz, y para arruinar el Egipto, implacable enemigo de Portugal, pensó desviar con la ayuda del negro de Abisinia el curso del Nilo en el Mar Rojo, cuando una equivocacion, á lo que parece, le acarreó la muerte. Esta tuvo lugar en Goa, el 16 de Diciembre de 1515, admirado de todos y llorado hasta de los mismos indios.

Vasco de Gama, célebre navegante portugués, nació Sines hácia el 1469, de una antigua familia de Alemtejo. Escogido por Juan II para dirigir una primera expedición hasta las Indias Orientales, aprovechando los descubrimientos recientes de Diaz y de Covilham, no hizo este viaje sino bajo Emanuel el Afortunado, con cuatro pequeñas embarcaciones y 160 hombres, 1497-99. Dobló el Cabo de Buena Esperanza, Noviembre de 1497, con ménos tormentas que esperaba, segun Barros; en medio de una tempestad y librándose de un complot de su tripulacion, segun Osorio. Despues de grandes peligros entre los árabes de Mozambique y una acogida más hospitalaria en Melinda, arribó á Calicuto, Mayo 1498; pero aun allí, los árabes, que hacian todo el comercio entre la India, el Egipto y el Africa, expusieron á los portugueses á nuevos peligros, y le hicieron ser mal recibido por el radjá ó zamorin de esta ciudad. Nombrado almirante de los mares de la India y conde de Vidigueira, volvió á partir en 1502 con 19 naves, impuso un tratado al radjá de Cananor, se hizo un aliado fiel del de Cochin, castigó con represalias crueles á los árabes, bombardeó á Calicuto, y dejó algunas naves en estos países para mantener allí la influencia de Portugal. Deja-

do en el olvido veintium años, fué al fin nombrado por Juan III virey de las Indias, y murió en Cochin.

Fernando Magallanes (Magalhaens en portugués), célebre navegante portugués del siglo XVI, combatió en la India bajo las órdenes de Alburquerque, y no habiendo recibido las recompensas que se creía merecidas á sus servicios, fuése á las órdenes del emperador Carlos V, quien despues de recibirle favorablemente, le encomendó una expedición á las Molucas. Quiso conquistar estas islas, buscando una entrada en el Océano. Penetró por la extremidad meridional de América. Partió en 1519, siguiendo á lo largo la costa oriental de la América del Sur, descubrió en 1520 el estrecho de su nombre entre la América y la Tierra del Fuego, y despues de tres meses y veinte dias de navegacion para surcar el Océano Pacífico, llegó á las Islas Filipinas en 1521. Poco tiempo despues fué muerto por los naturales de Zebú, una de estas islas. Uno de sus compañeros, Sebastian del Cano, dirigió los marinos españoles por el Cabo de Buena-Esperanza.

Hernando Cortés, conquistador de Méjico, nació en Medellin (Extremadura) de una familia noble, pero sin fortuna; murió en 1547. Estudió en la universidad de Salamanca, y abandonó al punto el foro por la carrera militar. En 1504 se dirigió á Santo Domingo, donde era gobernador su pariente Ovando, y en 1511 acompañó á Diego Velazquez en su expedición á Cuba. Grijalva, lugarteniente de Velazquez, no atreviéndose á empeñarse en Méjico, que acababa de descubrir, fué confiada esta misión á Cortés, que tomó seiscientos ó setecientos españoles, diez y ocho caballos y catorce pequeñas piezas de cañon, en 1518. El soberano de Méjico gobernaba con 30 caciques, pudiendo mandar á la guerra cada uno 100.000 hombres. Pero el ruido de la artillería y la vista de los caballos puso en huida á estas muchedumbres mal armadas. Cortés, despues de haber colocado los fundamentos de Veracruz y hecho alianza con la república de Tlascalca, se atrevió á penetrar en Méjico, donde Motezuma le recibió como un señor y los habitantes como un dios. La muerte de algunos soldados



en Veracruz fué castigada con la cautividad del mismo Motezuma. Sin embargo, Velazquez, envidioso de su gloria, envió nuevas tropas, á las órdenes de Narvaez, para quitar el mando á Cortés. Este salió á su encuentro, le venció y reclutó sus soldados. De vuelta á Méjico, encontró á los habitantes sublevados contra la crueldad de los españoles. Motezuma murió queriendo apaciguarlos; tuvo que batirse en retirada, y no encontró otras ventajas que la batalla de Otumba, 1520. Méjico fué vuelto á tomar en 1521; el nuevo emperador Guatimocin fué quemado con su gran sacerdote, y todo el imperio fué ocupado por los españoles. Cortés fué, como Colon, pagado con ingratitud; nombrado al punto gobernador del país conquistado, se vió al punto depuesto de la administración civil. Cubierto de una nueva gloria por el descubrimiento de la California y del Mar Bermejo, 1535, volvió á España, y fué recibido friamente por Carlos V, que le acompañó sin embargo á su expedición contra Argel. Un dia que se abría paso entre la multitud para llegar hasta Carlos, este preguntó quién era ese hombre. «Este es, respondió friamente Cortés, el que os ha dado más provincias que ciudades os han dejado vuestros padres.» Agobiado de disgustos, murió en Castilleja de la Costa, cerca de Sevilla.

Francisco Pizarro, conquistador del Perú, nació en Trujillo (Extremadura) en 1475, y murió en 1541. Guardador de puerco en su juventud, escapó de su casa y se embarcó para América. Extraviado uno de los animales que custodiaba. Formó parte de la expedición de Balboa que descubrió el mar del Sur. Animado Pizarro con la gloria de su jefe, se asoció con Almagro y Luque, y desde el 1524 á 1527 exploró las regiones del Sur de Panamá. No siéndole posible continuar sus expediciones sin la protección del gobierno español, se hizo á la vela para España en 1528, con objeto de pedir á Carlos V el título de virey de los países que habia recorrido. De vuelta para América, equipó tres barcos, ocupó la isla de Puná en 1531, la que le facilitó la entrada en el Perú, presentándose en este país como aliado de Huescar contra Atahualpa. Este último se hizo aliado suyo, y

más tarde fué hecho prisionero y condenado á pagar una fuerte suma, y por último, le dió muerte. Mientras que Almagro intentaba subyugar á Chile, 1533-34, Pizarro ocupó á Quito y todo el Perú, fundando á Lima en 1535. Bien pronto se enemistaron los dos conquistadores, dando origen á una lucha entre los dos, de la que resultó la derrota y decapitacion de Almagro en Cuzco, 1528; pero su hijo y partidarios vengaron su muerte asesinando á Pizarro.

No fué, sin embargo, obra llana y sencilla la empresa de conquistar el Nuevo-Mundo, ni dejaron de ofrecerse para ello enojosas dificultades. Veamos, para terminar esta época, cómo refiere el inmortal Solís la situación general de España en estos tiempos:

«Corría el año de 1517, digno de particular memoria en esta monarquía, no ménos por sus turbaciones que por sus felicidades. Hallábase á la sazón España convertida por todas partes de tumultos, discordias y parcialidades, congojada su quietud con los males internos que amenazaban su ruina, y durando en su fidelidad, más como reprimida de su propia obligación que como enfrenada y obediente á las riendas del gobierno, y al mismo tiempo se andaba disponiendo allá en las Indias Occidentales su mayor prosperidad con el descubrimiento de otra Nueva España, en que no sólo se dilatasen sus términos, sino se renovase y duplicase su nombre. Así juegan con el mundo la fortuna y el tiempo, y así se suceden ó se mezclan con perpétua alternacion los bienes y los males.

Murió en los principios del año antecedente el rey D. Fernando el Católico, y desvaneciéndose con la falta de su artífice las líneas que tenia tiradas para la conservación y acrecentamiento de sus Estados, se fué conociendo poco á poco en la turbacion y desconcierto de las cosas públicas la gran pérdida que hicieron estos reinos, al modo que suele rastrearse por el tamaño de los efectos la grandeza de las causas.

Quedó la suma del gobierno á cargo del cardenal arzobispo de Toledo don fray Francisco Jimenez de Cisneros, varon de espíritu resuelto, de superior capacidad, de corazon